

Lisa OAKLEY – Justin HUMPHREYS, *Escapando del laberinto del abuso espiritual. Cómo crear culturas cristianas sanas*, Ediciones UC, Santiago 2021, 218 p. ISBN 978-956-14-2827-0

Con el fin de promover la investigación sobre abusos sexuales, psicológicos y espirituales en los niños, niñas y adolescentes –con especial atención al contexto eclesial–, el Centro de investigación del abuso y la adversidad temprana (CUIDA) ha publicado recientemente el libro *Escapando del laberinto del abuso espiritual. Cómo crear culturas cristianas sanas*, edición en español del estudio de los británicos Lisa Oakley y Justin Humphreys.

El libro recoge, desde la perspectiva de la psicología (Oakley), del trabajo social (Humphreys) y de la propia experiencia de vida en una comunidad cristiana, una gran cantidad de estudios –tanto de los coautores como de otros investigadores de habla inglesa–, lo que constituye una excelente puerta de entrada para quienes quieran enfocarse en la delicada cuestión del abuso espiritual. El texto de 218 páginas, dividido en 8 capítulos, fue escrito pensando en

una amplia difusión. Por tanto, su lenguaje y forma de abordar los contenidos pretende ser cercano y ágil; aunque lo último no siempre es tan logrado cuando los autores narran –en primera persona y explicitando reiteradamente cuál de los dos es el que se expresa– diversas historias de su vasta experiencia profesional. Con todo, cabe notar que la descripción de sus vivencias no es lo que sobresale en el texto. Son principalmente aquellas experiencias vividas por los sobrevivientes de abusos espirituales las que se imponen a lo largo de todo el libro, pues los autores se propusieron “dar voz a quienes han tenido esta experiencia” (45). Incluso, es quizás esta una de las gratas novedades que ofrece la obra, pues no solo se transcriben numerosos relatos de las más de dos mil personas abusadas a las que se tuvo acceso –para, desde sus testimonios “construir modelos de comportamiento y culturas cristianas en el futuro que sean mejores y más sanas” (39)–, sino

que también se quiso validar con ellos, antes de la publicación del libro, las conclusiones a las que se llegaron (49). Asimismo, hay páginas que se llenan de humanidad cuando los autores expresan sus sentimientos ante el dolor que transversalmente se refleja en los diversos testimonios relatados.

Si bien Oakley y Humphreys sostienen que el abuso espiritual puede suceder en cualquier denominación religiosa, reconocen que su estudio se centra en la fe cristiana, particularmente la anglicana, pues es la que ambos comparten. Por lo mismo, es necesario señalar que en el libro hay ciertos aspectos que se circunscriben a lo propio de la realidad eclesial del anglicanismo y no consideran elementos institucionales de otras iglesias –como de la católica, por ejemplo– que son indispensables de profundizar para comprender apropiadamente el fenómeno que se estudia.

Con respecto al itinerario propuesto, es posible reconocer una división por parte de los autores de quien asume la voz hablante, en función de los dos ejes temáticos del libro, que se articulan a partir de la imagen de un laberinto que el lector es invitado a recorrer, junto al

testimonio –a veces desgarrador– de las víctimas. En los primeros cinco capítulos, es Oakley quien se hace cargo mayoritariamente de “examinar la difícil realidad del abuso sexual” (46), con el fin de llegar al centro de laberinto, el cual correspondería a “una comprensión más completa” (191s) del fenómeno analizado. En los últimos tres, Humphreys se encarga de indicar cómo se puede salir del laberinto, explorando ejemplos de los liderazgos y culturas sanos. Con respecto a la opción de asumir la imagen del laberinto, si bien parece original y pertinente como propuesta de vía de comprensión de la temática –que acompaña el camino tortuoso que han recorrido las víctimas–, a veces los planos se confunden y es difícil identificar si con la imagen se está haciendo referencia al mero ámbito de comprensión del tema o al existencial de los que han sufrido abuso.

Al comienzo del camino de interiorización sobre el abuso espiritual se sostiene que este debe considerarse como una forma particular del abuso psicológico y emocional porque las víctimas, encima de experimentar un daño en estos dos últimos ámbitos, sufren “un

impacto en su camino de fe, sus sistemas de creencias y sus puntos de vistas sobre Dios y su bienestar espiritual” (57). Además de lo singular del impacto causado, se sostiene que el abuso espiritual tiene sus características propias por el contexto religioso en donde se produce (61). Fruto del análisis de estudios anteriores, los autores proponen un modelo del proceso en que se da esta problemática, el cual se estructura en cuatro etapas que se concluyen de los testimonios de sus entrevistados: período de luna de miel; fin del período de luna de miel; período de renovación de votos; y hora de irse (62-66).

Quizás uno de los conceptos más útiles que se propone en el libro para comprender el abuso espiritual es el de *control coercitivo*, entendido como “un patrón de comportamiento intencionado que tiene lugar a lo largo del tiempo con el fin de que uno ejerza poder, control o coerción sobre otro” (73). Los elementos que permiten que se lleve a cabo tal control son el secreto, el silencio (79) y el miedo (83). Específicamente en la coacción espiritual que los autores describen de su realidad eclesial, el mal uso de las

Escrituras y el nombre de Dios tienen un lugar especial en el modo en que el victimario exige obediencia a sus víctimas, asumiendo una posición divina (84). En muchos casos, esta posición de superioridad permite al abusador amenazar con consecuencias espirituales a quienes no se sometan a su voluntad. Habría que estudiar si en el caso de los abusos espirituales dentro de la Iglesia católica, además del mal uso de las Escrituras, se podría agregar el del magisterio, la tradición y las prácticas sacramentales. Independiente de ello, las consecuencias que generan estas prácticas son nefastas. Algunas de las que presenta el libro son la pérdida de confianza en los otros y en sí mismo, miedo paralizante y, en casos extremos, la pérdida de la fe.

Cuando los relatos de los testimonios parecieran llegar al clímax, el libro da un vuelco y se dedica a presentar diversas estrategias para acompañar en su proceso de liberación a las personas víctimas de abuso espiritual; lo que da un respiro esperanzador al lector. Se propone una escucha activa de las víctimas, pues ellas “necesitan sentir que son aceptadas y validadas como

individuos" (124). También se sostiene que es importante que no se pretenda que el abusado, al momento de contar su historia, se sienta responsable de lo que le pueda pasar a la persona que está en el centro de la acusación (127). En ese sentido, también reconocen que en muchas ocasiones "el protagonista puede no ser consciente de cómo su comportamiento tiene un impacto en los demás", al punto de sentirse confundido por la acusación (140). Por lo mismo, se insta a que todos los miembros de una comunidad cristiana sean formados sobre el abuso y las formas sanas de tratar a las personas.

En una perspectiva más general, y tal como fue descrito más arriba, los capítulos seis y siete tratan sobre el desafío de lograr un liderazgo auténtico (145-162) y de crear culturas más seguras y entornos más sanos (163-188). Una primera aclaración se hace en función de la relación de liderazgo y abuso: "Los líderes no son las únicas personas que abusan espiritualmente" (146). Incluso, se constata a través de testimonios que, en ocasiones el abuso espiritual es de los miembros de la comunidad cristiana hacia sus líderes (148). Con todo, se reiteran los peligros

de que una persona no capacitada asuma el liderazgo de una comunidad. Para que este sea efectivo, se cree necesario que el guía tenga carácter, los conocimientos y las habilidades propias del cargo (157). Además, se hace énfasis en que el liderazgo "consiste en servir a los demás con los dones que se nos han dado para que ellos puedan desarrollarse" (159), y no lo contrario. Con respecto a la creación de culturas sanas, el libro las define como "un conjunto fluido y dinámico de elementos tangibles y menos tangibles que afectan nuestras interacciones cotidianas dentro de los grupos y comunidades de los que formamos parte" (165). Desde ahí, se ofrecen reflexiones sobre cómo debería ser el uso del poder en las comunidades cristianas o cualquier otra organización para que su cultura sea sana. De especial interés es la profundización de la noción bíblica del poder, ligada a la noción de responsabilidad: "cuando el poder no se controla ni cuestiona, y no hay sentido de responsabilidad, puede haber consecuencias desastrosas y dañinas" (176). Por lo mismo, se releva la importancia de nunca "perder de vista la necesidad de una rendición de cuentas

consensuada y transparente” (180) dentro de una comunidad. También se sostiene que es importante no caer en la rutina dentro de las comunidades, pues esto puede propiciar una cultura de abuso: “Debemos tener cuidado de asegurar que el ritual y la rutina de lo cotidiano no se arraigue tanto, que no nos encontremos tan incuestionablemente atados, que perdamos la oportunidad y el imperativo de pensar y comportarnos de manera diferente” (187).

Una solución interesante para este peligro es la de nunca “desestimar la «mirada fresca» con la que los recién llegados o los miembros del equipo se acercan a la organización en la que se encuentran” (186).

Una solución interesante para este peligro es la de nunca “desestimar la «mirada fresca» con la que los recién llegados o los miembros del equipo se acercan a la organización en la que se encuentran” (186).

La propuesta de Oakley y Humphrys lleva al lector a las profundidades más crudas del abuso espiritual, pero no con la intención de apuntar con el dedo a su Iglesia y solo desenmascarar la triste realidad, sino con el empeño de quienes no han perdido la esperanza de que es posible reparar el daño causado y crear espacios seguros para que las personas puedan vivir su fe con confianza y tranquilidad.

CRISTIAN NUÑEZ  
*Pontificia Universidad Católica de Chile*